

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 17 de Noviembre de 1898

Núm. 417



— ¿Usted ríe? pues yo río.
Mire si no mi sonrisa,
¿tiene mis dientes, amigo?

La Academia ha concedido el premio de las cinco mil pesetas á «María del Carmen». Yo no discuto, libreme Dios, el criterio de los señores académicos. Como testamentarios más que como *críticos*, sabrán lo que se hacen. Esas son cosas de la conciencia que, por lo delicadas, conviene respetar. Quedemos, pues (ya que aquí las fórmulas resuelven todas las situaciones, por agudas que se nos ofrezcan), en que los académicos consagran un piadoso recuerdo á la buena memoria del Feliu y Codina, y otorgan á sus herederos la correspondiente distinción. Así aplaudo yo también.

Es verdad que antes creyeron los de la Academia improcedente lo que hoy estiman oportuno. Pero ya se ha dicho que la Corporación es sabia, á lo menos oficialmente, y... de sabios es asimismo variar.

Saliéndome á uña de caballo de la ética, y metiéndome (para buscar refugio) por los laberintos, de lo que cualquier Raimundo llamaría jardín estético, declaro lo siguiente:

«María del Carmen», obra dramática, no merece el premio Cortina.

Será eso tan seco como ustedes quieran, pero es una verdad más grande que un templo (figura *campoamoriana*).

No es ocasión de entrar en análisis, (aunque poco esfuerzo me costaría satisfacer á los descontentadizos), y sólo hago estas observaciones: A Codina le engañaron los elogios de la «Dolores», y se figuró con fuerzas para irse á Murcia, estarse allí un tiempo breve y apoderarse del alma de la *región*. Tan mal reflejo murciano es «María», como lo es alcarreño la consabida «Miel», que no llega ni á dedada.

No sólo Codina ha estado en Murcia, que escribiría un bachiller amigo mío.

¿Cómo aceptar, por tanto, que la Academia premie una obra, que es bonita, exageradamente bonita, no lo niego, pero que no reúne los méritos que el mismo autor se propuso ofrecer al público?

Recuerdo, y así se ha dicho oficiosamente, que el premio en cuestión ha de otorgarse al mejor trabajo escénico, no al más bonito; y recordándolo, no se me ocurriría objetar palabra, si desde que se ha estrenado «María del Carmen», no hubiese por esos teatros otras producciones dignas de someterse al juicio de censores tan ilustres como respetables.

Por ejemplo; «Voluntad», de Pérez Galdós.

¿Que fué un fracaso?

¿Se atreverían ustedes á jurarlo, poniendo su conciencia al servicio de la doctrina literaria, como verdaderos *vestales* del arte, señores académicos?

* * *

Hay sobre el tapete dos cuestiones transcendentales.

Pudieran serlo muchas más, pero ahora echo el agua para mi molino, y sobre eso observo que en punto á apreciaciones hemos perdido el tino.

En estas circunstancias críticas (acabo de leer un periódico local) andan nuestros hombres *agudos* seriamente preocupados por cuestión de *herencias*.

Sí, sí: ¡a nosotros nos importa por encima de todo que Polavieja y Silvela traten de regenerarnos (¿?) y que Sagasta se dedique á los logogrifos numéricos, rascándose la barba para no dejarse vencer por las pesadumbres que Gamazo le da!

Lo transcendental es lo otro. Y si no, prueba al canto.

Los rusos tienen hueso que roer: están amenazados de la peste. ¡Cuidado con la risa, lectores!

El asunto no tendría méritos para que llamase mi atención. Lo que hace Rusia haríalo cualquier otro país. Pero lo notable es que la comisión organizada para estudiar los medios de evitar el daño (la *propaganda*, que dice un periódico muy leído de Madrid; yo soy más modesto, aunque menos gacetillero y diría, *propagación*, crecimiento, no *desarrollo*), la comisión, digo, está formada por un número igual de doctores y *licenciados*; de hombres y mujeres.

Diez por barba. Barba no es sólo el pelo de los barbudos, sino el extremo inferior de la cara. Y ustedes perdonen, pero con las mujeres de nuestro país hay que ser muy galantes y muy explícitos. Resultado de esto es que en Rusia, donde no han adelantado tanto como nosotros en conquistas políticas, y donde no tienen un Sagasta que cae siempre del lado de la libertad, en Rusia se reconoce oficialmente, no ya determinados derechos á la mujer, sino iguales derechos á los que goza el hombre. La conquista, pues, de la mujer, que nosotros venimos pregonando de tiempo atrás, es indiscutible.

En España lo entendemos al revés. En España ni las mujeres ni los hombres. Un maestro de escuela, que se examina, que gana su plaza por oposición, va á las Borjas, y se le echa de la población teniendo que regresar á la corte... de limosna. El alcalde dijo que si le imponían al maestro, no le pagaría. Y es el tercer personaje *pedagógico* con quien ocurre el caso.

A propósito: ¿ha pensado Polavieja en este punto de la enseñanza para su pretendida regeneración? Se me figura que nó; ¡está tan lejos de los cincuenta años el recuerdo de la escuela! Pero, conste: si no empezamos por ahí, es inútil todo.

CLAK





La visión

Si tranquilo reposo por la noche,
viene á turbar mi sueño,
la visión de una niña muy hermosa ?
que en mi pupila está grabada á fuego.

Su figura divina é impalpable,
está conmigo siempre cuando duermo
prodigándome tierna sus caricias ...
y ¡se aleja de mí cuando despierto!

Un velo obscuro como triste noche,
en mis ojos constantemente llevo,
mientras que con ahinco voy buscando
la hermosa virgen que con ansia espero.

Por eso en mi locura yo quisiera
estar siempre entregado á dulce sueño;
por eso al ver llegar la blanca aurora,
mi pecho siente amargo desconsuelo.

RUILOP



Lecturas y perezosas

Murmuración

Saloncillo en un teatro; sillones alrededor de la habitación, chimenea, en la pared cuadros con retratos al óleo de los principales dramaturgos. Es de noche. Se estrena un drama. Personajes: *Don Lucas, Carlos, López y Luis*. Varios autores que no hablan y que casi no escriben.

Carlos: primer actor de la compañía, hombre fino, simpático y casi la parte más sana de la reunión.

Don Lucas: autor insigne, dramaturgo muy celebrado, no habla; falla.

López: grande agradador de todos los Segismundos, servil hasta la exageración. Estrenó un drama *in illo tempore* en colaboración con un poeta de verdad; los versos eran de éste y el argumento; como el conocido timo del portugués, lo demás suyo. Se cree autor.

El coro de autores, calla, atormentado por el recuerdo de las malas obras.

Luis: autor de la obra que se estrena, juega su porvenir, cree en aquellos señores y es víctima de su error.

Don Lucas. — Si, joven; el público es un niño, se le engaña con un juguete cualquiera; en viendo oropeles, frases de efecto, pasiones y mucha psicología, se entrega, créame usted.

Luis. — ¡Ay, don Lucas! Este segundo acto no ha causado el efecto que yo esperaba.

Don Lucas. — Usted tiene la culpa ¿a quién se le ocurre que la dama tire por medio de la calle y declare su pasión por éste, por Carlos?

Luis. — Usted perdone, eso se ve todos los días.

Don Lucas. — Pues medrados estaríamos si escribiéramos lo vulgar, lo conocido. Ya no habría teatro; lo sería cualquier plaza públi-

ca. Nó, joven, nó: hay que crear ¿usted me entiende?

Luis. — Si, don Lucas, pero la verdad...

Don Lucas. — Vuelta a lo mismo. Creo, no me negará que mis obras han gustado.

Luis. — Son el orgullo de la dramática española.

Don Lucas. — ¡Pséh! tal creo. Pues bien ¿a que no ha conocido usted en la vida real a uno de mis personajes?

Luis. — Es verdad, sus obras son portentos de imaginación.

Carlos. — Y con una fuerza creadora...

López. — Eso, mucha fuerza.

Don Lucas. — Además, las frases corrientes y el lenguaje común no gusta. Oír hablar



EN EGIPTO. — La cocinera.

La Saeta

à la primera dama como lo hace nuestra propia mujer, molesta, nos vulgariza y permitásememe adjetivar.

López. — ¡Oh don Lucas! à usted se le permite todo.

Carlos. — Tiene razón don Lucas, los personajes del teatro deben siempre recordar à los de Calderón y Lope.

Luis. — Yo creo que si en la sociedad hemos progresado...

López. — En el teatro nó.

Luis. — Y que modernamente...

Don Lucas. — ¡Horror! Desterrada esa palabra de modernismo. No profanemos la memoria de los ilustres muertos que nos están escuchando.

Carlos. — ¿Los muertos, don Lucas?

Don Lucas. — Sus retratos. ¡El modernismo!... palabra hueca, dentro de la cual se esconde todo lo raro, lo exótico; hoy se confunde eso, con la falta de inspiración.

Luis. — Yo no soy sospechoso.

Don Lucas. — Afortunadamente; usted si-

gue nuestros pasos, bebe en buenas fuentes, no es usted de la turba de iconoclastas.

Luis. — Yo respeto siempre las reputaciones adquiridas.

López. — Legitimamente, sí, señor.

Don Lucas. — No busca usted en el escándalo nombre, tira por otros senderos.

Luis. — Sí, cada uno tira por donde puede.

Don Lucas. — Vea usted à Fulánez, chico de porvenir y ya desgraciadamente malogrado.

Luis. — Aunque es amigo mío, no aplaudo su manera literaria.

López. — Es censurable.

Carlos. — Muerde mucho.

López. — Sin reparar que él...

Carlos. — Tiene el tejado de vidrio.

Don Lucas. — No tiene tejado siquiera.

Carlos. — ¿Y sus comedias?

López. — Semilleros de chismes, conversaciones de mujeres.

Don Lucas. — Eso sí, siente la mujer. De todas maneras tiene ingenio.

López. — En pequeñeces.

Carlos. — Es la portera de la literatura.

Don Lucas. — Convengo en que es mordaz y que molesta.

López. — No, don Lucas, manos blancas no ofenden.

D. Lucas. — Ustedes son terribles, atroces.

López. — Somos fieles guardadores de esta casa, y censuramos à

quien se ha atrevido con ella.

Don Lucas. — No pasen ustedes cuidado, bien guardada está y sus tradiciones son respetables.

Luis. — Dígame don Lucas. ¿Usted cree que el final del tercer acto convencerá al público?

Don Lucas. — Según, amigo mío. Usted ha prescindido de la forma, para ir derecho al fondo y eso es malo.

Luis. — He procurado que el asunto apareciera claro y resplandeciente.

Don Lucas. — Bueno es lo bueno, pero no tanto: es preciso que ese fondo se presente revestido de imágenes y símiles y si

nó ¿à que no habla usted del mar, cuyas olas semejan à lo que usted quiera?

Luis. — No, señor.

—Don Lucas. — ¿Ve usted? ¿Ni del humo de la locomotora, ese penacho gigantesco?

Luis. — Tampoco.



Don Lucas. — ¡Desdichado! Nada de olas ni de penacho y ¿quiere usted triunfar? Carencia de simbolismo y todo realidad ¡horror!

Luis. — Don Lucas, usted me desanima.
(Timbre.)

López. — Señores, va á empezar.

Luis. — ¡Dios mio!

Don Lucas. — Daría cualquier cosa para que viera usted que tengo razón.

Luis. — ¡No, por Dios! La daría yo por no haber escrito el drama.

MIGUEL ARDAM



— ¿Y tú á qué te has comprometido para corresponder á Pepe?
— Yo... ¡á cortarle el cupón todos los trimestres!



¡Ole ya

Plancha

Entonces, entre ella y yo se entabló, de balcón á balcón, el siguiente diálogo:

Ella. — ¿Con que de veras no me habia usted reconocido?

Yo. — Y tan de veras... Verá usted, yo soy más miope todavía que no lo era en aquellos tiempos, cuando tuve el gusto de conocerla; además, han pasado tantos años...

Ella (suspirando). — Ay, si, muchos... diez ó doce...

Yo. — ¿Diez ó doce?... ¡Bah! ya puede usted poner dieciocho ó veinte.

Ella. — ¡Jesús! ¡qué está usted diciendo, criatura!... Dieciocho ó veinte... ¿Pues por qué no echa usted medio siglo?...

Yo. — Amparito... acuérdesese usted de que acababa de subir Don Alfonso XII al trono

de San Fernando, cuando usted y yo bailamos la primera polka en casa de las de Cisneros, y de eso ha pasado va...

Ella. — Quite usted hombre, quite usted... Pues si Don Alfonso había muerto ya cuando eso de la polka que usted dice.

Yo. — Usted cree...

Ella. — Pues ya lo creo... Como que las de Cisneros no volvieron de Cuba hasta la muerte del Rey.

Yo. — Verdad; pero se fueron allá después del golpe de Sanguento; entonces vinieron aquí y fué cuando nos conocimos usted y yo.

Ella. — ¡Hombre, no!... Pues qué ¿no soy ya bastante vieja sin que usted venga á echarme todavía encima diez años más de los que tengo?...

Yo. — ¡Vieja usted! ¡Ave María Purísima! ¡pues si no puede usted parecer más joven ni más airosa, ni más bonita!... Usted no pinta más que veintiséis ó veintisiete años...

Ella. — Eso... veintiséis y medio... ¡Y qué guasoncito se ha vuelto usted desde que nos perdimos de vista!..

Yo. — No es guasa, Amparito: es la verdad pura.

Ella. — No, hijo, la verdad es que tengo ya mis treinta y tres.

Yo (sotto voce). — Y diez más encima (*alto*) ¡treinta y tres! La edad más rica; la edad de la belleza y de la frescura en todo su apogeo.

Ella. — Pero hijo ¡qué transformación más grande ha ex-

perimentado usted! No parece usted el mismo...

Yo (con cierta amargura). — Claro... con dieciocho años más encima... digo, con doce...

Ella (vivamente). — Nó; no quiero decir eso: quiero decir que se ha vuelto usted muy galante y muy lisongero. Cuando nos conocimos, no se le ocurrió á usted nunca decirme «qué bonitos ojos tiene usted, Amparo.» y eso que entonces, la verdad, tenia una lo que no tiene ya ahora: la juventud y la... en fin, ya me entiende usted. Verdad es que en aquellos tiempos no había para usted más que una mujer en todo el planeta. ¡Qué chiflado andaba usted por Lola Pérez, amigo!... Y eso que sin ser fea no era la chica ningún portento. Pero ya se ve: el amor lo embellece todo y á usted le parecía Lola el *nec plus ultra*. No diga usted que nó; si le tenia usted

bebida el alma y el corazón y los sentidos...

Yo. — No tanto, hija, no tanto... Que me gustaba la chica, no he de negarlo; le encontraba cierta cosa, cierto gancho... me era simpática y...

Ella. — Dígame usted, ahora que hablamos de eso: ¿por qué tronó usted con ella?... Nunca he sabido por qué...

Yo. — Pues mire usted, yo tampoco: tronamos porque sí; porque... probablemente estaba escrito en el cielo de nuestros destinos que habíamos de tronar un día u otro.

Ella. — Mejor para usted; porque lo cierto es, — y me parece que ahora puedo decirselo sin inconveniente, — lo cierto es que si la tal Lola, físicamente no valía mucho, lo que es moralmente valía aún mucho menos.

Yo (retrospectivamente mortificado). — ¡Bah! ¿quiere usted decir?...

Ella. — Pero criatura ¿acaso no sabe usted lo que ha hecho sufrir la niña a ese pobre

Matiño, que tuvo el mal acierto de casarse con ella?

Yo. — No sé nada; ¡hace tanto tiempo que la he perdido de vista!...

Ella. — Lo que tuvo usted la gran chiripa con tronar... De buena escapó usted...

Yo. — Pues, digo ¿y usted?

Ella. — ¿Yo?... ¿en qué?

Yo. — ¡Toma! En tronar también, — me acuerdo como si fuese ahora — con aquella buena pieza de Paco Brevá, con quien estuvo también a punto de casarse. ¡Vaya un pájaro!

Ella (sofocada). — ¿Qué quiere usted decir?

Yo. — Nada que no sepa todo bicho viviente: parece que ha hecho las mil y una, y que si no está a la sombra es porque también hay para los tunos una providencia.

Ella (pálida de coraje). — Señor mío, sepa usted que Paco es... mi marido!

Yo. — ¡¡! ... !!!

Por taquigrafía conforme,
JUAN BUSCON



Entre coristas. — ¡Tutel

Alegría y tristeza

Un ruiseñor enamorado había en un árbol frondoso y corpulento, donde anidó para entonar contento la trova de su amor y su alegría.

Era alegre su dulce melodía, mas destruyó su nido el loco viento y desde entonces con sentido acento canta su mala suerte y su agonía.

Así mismo en la edad de las pasiones, cuando se encuentra el pecho de fe henchido y entona el hombre alegre sus canciones,

si cual del tierno ruiseñor el nido se lleva el vendaval las ilusiones, llorando canta por su bien perdido.

JOSÉ ORTIZ DE PINEDO



Misericordia

Novela de Pérez Galdós.

I

Me parece bien la costumbre que tienen algunos periódicos de dar en sus columnas, como primicias, capítulos ó fragmentos de capítulos de una obra nueva, cuando se trata de autores ilustres. Lo que no creo aceptable es que escojan, para información, lo menos á propósito del libro; es decir, páginas de mérito, pero nó las más sugestivas.

He observado que los periódicos no andan firmes en materia de elección; escogen á la ventura ó escogen con pulso débil; y hay que considerar dos extremos: que á los autores de nota no ha de tenerles cuidadosos el bocadillo, y que todavía nos hallamos en el período agudo de la cultura literaria. Las hojas volantes, sueltas, parlanchinas y nerviosas, están destinadas en ese sentido á un ministerio de no escasa responsabilidad.

Quiero reflejar, si llegan hasta ese punto mis habilidades, la emoción intensa que ha despertado en mi espíritu la lectura de *Misericordia*, y los primeros párrafos no los recogí en las páginas del libro, sinó en las del periódico: no sé si ayudaba lo ingrato de la impresión, tipo de letra borroso, amazacotado, menudo; segura idea es que no creí cosa notable lo que luego, en el volumen, agrada y regocija. Y vine, en suma, á esta conclusión: que de poco sirve que los diarios den, á modo de golosina, los dulces de la obra, si no son tales dulces más que para el mismo periódico que se engalana con firmas de esclarecido renombre.

Cuando da principio la novela se abre el espíritu á la reflexión; la pintura del pórtico de un templo no es cosa que admire en la habilidosa mano de Galdós, después de haber leído aquel capítulo pétreo, puede decirse así, de «Angel Guerra». Todo lo contrario; Galdós habla con desusada sencillez, como si se limitase á dar las señas de un edificio y no quisiera aburrir al oyente, y sólo al suspender la lectura para fijar bien la imagen, se ve claro aquel animado lienzo, con su enjambre de pobreza, pedigüña y bulliciosa. La iglesia, sin el soplo humano que la anima en las páginas del libro, por efecto de descripción, poco interesaría. No se graba la idea del templo, pero sí el cuadro *movido*. Recuérdase la mole, clara, penetrante, por el soplo de vida que orea allí, desprendiéndose de los pobres de la parroquia; la luz no viene de lo externo; sinó de lo íntimo del sér humano. La piedra es lo accesorio. Galdós nos pone en contacto con las criaturas.

Pero los pobres aquellos están pegados á la iglesia con hondas raíces; de ahí proviene la primera emoción, fuerte, fortísima del libro: sólo que hay que leer el capítulo entero, hasta la postre, y no buscando el mérito descriptivo que presente el pórtico de una iglesia, como cosa plástica, que es del modo desacertado que tuvo el periódico á que aludí de dar noticia de lo que puede ser *Misericordia*: cortando con tijera torpe y audaz el hilo de la existencia humana que en ella se nos ofrece.

Así, resultan incomprensibles conceptos que son superiores á la forma en que se encierran para herir la sensibilidad extraña, dando pie á que críticos malévolos ejerciten sus instintos torpes.

Por ser mucho lo que vale la novela, y temo quedarme corto en cuanto la pondere, ideé esta traza de preparar su estudio; enterarse sólo de la forma en que está San Andrés, no es enterarse de cosa mayor que interese á los lectores, curiosos ó artistas, como no sea para tener una especie de guía que le encamine al punto en que el templo está enclavado; la mole se graba en nuestra imaginación, por lo *otro*, nó por la mole; y la sorpresa que tuve después de haber visto rebullir en el patio aquella cohorte de mendigos, no puestos allí por el autor como figuras decorativas, sinó con intensidad de sér, con viveza de expresión, irradiando en una palabra luz, como focos luminosos del gran lienzo en que se desenvuelve la idea humana de la obra, sentí ira y coraje, igual que sentirían todos los devotos de la arquitectura en presencia de una afrentosa mutilación.



J. F. Luján



— ¡Tomal no se va poco escamado el duque.
— ¡Clarol como que acabo de llamarle esteta.

Esos conquistadores...

Yo no he amado aún.

Razón de más para que busque las conquistas fáciles. Y por eso digo que me burlo de la raza de los Tenorios. Hay quien no hace otra cosa que mirar á Eva y flecharla.

Es porque así como antes el hombre tenía el demonio metido en el cuerpo, tiene ahora la serpiente.

No obstante, he tenido mis amores; podría citar varios y me limito al más... elocuente.

Joven, estudiante, muy adelantado en la carrera, aunque no en carambolas ni en gramática parda, había en mi casa una *pobre... chica*, de las del gremio, en resolución.

La chica, pobre y todo, se enamoró de mi *persona*, pero juro que sin saberlo yo.

Y un día se puso á llorar porque me había servido el chocolate y á la media hora notó que la jícara estaba lo mismo, intacta.

¿La desairaba, no desayunando? Tal se le antojó á ella, pero lo cierto es que mi preocupación era más profunda. Hacía veinticuatro horas que no podía apoderarme del problema de Newton.

Dirán ustedes que he demostrado lo contrario de lo que me propuse.

Nó. La chica... pobre era además muy fea, y me amaba platónicamente.

Luego... para los más esos problemas tan fáciles del amor... son matemáticas puras...

J. MARTINEZ PEREZ



En las nubes. — Las mujeres jugando con sus ilusiones.

Besos y cantos

Un ave de los cielos
á tu balcón bajó alegre piando;
se detuvo, y después á los cristales
con premura saltando,
no sé si á dentro con afán miraba.
pero sí que en el pico te llevaba
besos de las regiones ideales.

Y como nada vió en la estancia oscura
(pues la luz ya en el cielo se perdía)
las alas desplegó cantó un momento
y echó á volar, segura,
si otra vez con los besos se volvía
guardados en el pico al firmamento,
que dejaba entre tanto

en el aire vital de tu aposento
la dulce melodía de su canto.

Yo sé que tú dirás, mi bien querido
que entre sueños lo vió mi fantasía:
¿pues no sabes qué cosa lleva al nido
de una virgen al dueño de la umbría?

Al mirarme mañana, sin enojos
descifra tal misterio, amada mía,
en la expresión amante de mis ojos
que de ternura te dirán hablando
¡ay! cómo envidio al ave que del cielo,
para tocar á tu cristal piando,
abatíó en tu balcón el raudo vuelo.

JORGE RICO



Pintando lo ideal.



El ángel de las tinieblas.

Duelo á muerte

(Capítulos cortos.)

Por mucho que me halagase la hermosa conducta de Sara, me entristecía verla pasar tan cerca del peligro. Al día visitaba yo tres ó cuatro veces el Hotel de Europa intranquilo, agitado, febril, miedoso... temía perderla, porque la amaba locamente. ¡Oh! ¿quién no la hubiera amado?... Y no obstante el recuerdo de los Capuchinos, me atenaceaba el corazón con saña inaudita, haciendo que yo me enfureciera contra mí mismo. No había sido sinó una esclava: no podía culparle de una acción en que no fué cómplice, su voluntad ni su albedrío: ¿tendría yo la conciencia tan estrecha, que echara sobre su alma la responsabilidad de un delito en que no tomó parte (y aun así pasiva), sino la naturaleza? Además de esto, siendo Pepe Astur el ejecutor del crimen, yo fui, aunque inconsciente, la causa. Yo atraje la tempestad, puesto que las cartas que escribía á mi madre inspiraron á aquel hombre el deseo de conocer á mi vecina, y de explotar mi cariño, como una red segura en que envolver á la pobre mariposa. Sara me escribía, y Pepe que se introducía con entera libertad en mi domicilio, interceptó la correspondencia: fué un abuso de confianza y un crimen más que castiga el código: consulté el caso con Servio González, al mismo tiempo que me querellaba del Chato y de la bruja, y me contestó que era algo confuso para la justicia, pues no podía partir sino de suposiciones; sin embargo, me prometió dictar auto de prisión en cuanto se supiera el paradero de Pepe, de quien yo sólo sabía que viajaba por Europa.

—¿No le has vuelto á ver?

—Nó, — me contestó Julio vacilando y poniéndose lívido y nervioso.

Acababa de entrar Pepe Astur en el Suizo, y llevaba su impudicia hasta el extremo de venir á saludarnos en nuestra mesa. Mi amigo se puso de pie, y le echó al rostro con toda la acritud, y toda la indignación, y toda la rabia de que era susceptible su espíritu, esta frase enconada é incisiva: — ¡Eres un canalla! — Pepe fué en extremo impolítico en esta ocasión, pues se echó á reír con toda la fuerza de sus pulmones. Yo no sé lo que le pasaría á Julio, aunque comprendo que debió de ser algo así como una polvareda que le cegase los sentidos: ello es que por mucho que yo censure estos raptos de ira, comprendo que la tensión de sus nervios fuera tal y tan violenta, que le impulsara á cruzarle la cara á su contendiente.

—Está bien, Julio, conste que yo soy el ofendido.

Esto significaba que el desenlace del escándalo era un duelo, pues entre ciertas gentes y ciertas clases de la sociedad aun existen estas preocupaciones, por mor de la *negra honrilla*. Pero las costumbres los toleran ó los sancionan, según.

El duelo existirá, como otras muchas manchas y lunares de las civilizaciones modernas, á espaldas de la ley, mientras haya necios y tahures en el mundo. Y conste que para mí un tahur, no es únicamente un pinche de los de la clase ínfima, que cobra el barato en las pependencias tabernarias, ó en el río revuelto de los tapetes verdes; sinó todo aquel que vive encanallado en las pasiones, y hace una capa agujereada de su conciencia.

Estos desafíos han degenerado en la época presente en la forma y el fondo, y en algunos especialmente, no veo más que el buen humor de los que lo motivan. Llegan al campo y efectúan un simulacro de combate: queman pólvora en salvas, y los jueces dan por destruído el agravio; con lo que, re-

conciliándose, se vuelven alegremente á celebrar con una comilona, rociada de vinos generosos, el chusco desenlace.

A pesar de esto, el duelo concertado entre Julio y Pepe Astur, fué caso más serio y más grave, porque no era Julio hombre que se pagara de apariencias, ni le tenía cogido un sentimiento de honra, ni aun de pundonor, sino de cólera, de odio y de venganza implacable. Así es que cuando se enteró de las condiciones que imponía el contrario, el cual eligió la espada y se limitó á que el duelo fuese á primera sangre, contestó con risa un si es jovial, un si es sardónica: «no me bato como no sea á muerte». Y no hubo manera de hacerle transigir, porque es lo que él decía: «quiero verle agonizar y gozarme en sus ansias, como él se gozó en las de mi pobre Sara; quiero acosarle, ofenderle, insultarle; quiero devolver en lo posible agravio por agravio, martirio por martirio, y aun así quisiera retenerle la vida, para que agonizase eternamente revolcado en el cieno y la infamia».

Esta fué también la razón que tuvo para nombrar padrinos á González y Martín Martínez, prefiriéndoles á mí, que era su mejor y casi, casi amigo único. Ellos conocen á Sara, y son *corre-ve-diles* en los salones de la buena sociedad y en los centros donde se cotizan los escándolos. Quiero que se sepa por qué mató á Pepe Astur. Sin embargo, fuí testigo ocular del lance, que se verificó á la mañana siguiente en un bosque. Llegó Julio el primero, acompañado de sus hombres buenos, por decirlo así; poco después se presentó Pepe Astur, y al momento empezaron los preparativos. Era digna de estudio la impasibilidad de aquellos hombres, abocados á una catástrofe inmediata: Julio fumaba un cigarrillo indiferentemente, mientras su rival deshacía distraído algunas hojas de abedul, y los jueces probaban las armas y señalaban el terreno. Pocos instantes después, los contrarios desnudáronse el cuerpo hasta quedarse en mangas de camisa, despidiéronse de sus padrinos y se pusieron en guardia. Dióse la señal y comenzó el ataque. Era de ver la serenidad y la destreza de ambos. El primer encuentro fué reñido, pujante, brioso; los dos eran valientes, los dos maestros en el difícil arte de la esgrima; los golpes se sucedían con una limpieza y una rapidez admirables, y era propósito vano, señalar ventajas ni augurar el desenlace, pues ni uno ni otro perdían un palmo de terreno. De improviso, Pepe Astur se tendió á fondo con furia inaudita, pero Julio desvió el acero y le acuchilló de tal suerte, que dando con la punta del suyo en la cinceladura del contrario, la hizo saltar y le desarmó, al mismo tiempo que le hería con esta frase llena de sarcasmo y desprecio: «¡eres un canalla!» Astur ahogó una imprecación furiosa al sentir el insulto, y mi amigo sonriendo satánicamente le invitó á recoger la espada; con lo que recomenzó el combate, y no en las condiciones que el anterior; Pepe se dejaba arrastrar por la ira y la violencia, andaba torpe y turbado, pero se defendía aún desesperadamente; Julio le acosaba, le cansaba, le fustigaba: «lucha — le decía, — á mí me enamora la lucha, el triunfo es más sabroso...» Al cabo Julio se replegó como para tenderse sobre el contrario, y dió una acometida que le dejaba en descubierto; el otro quiso aprovecharse de esta ventaja aparente, pero como era un golpe previsto, le costó poco trabajo á Julio defenderlo con tal arte y precisión, que Astur quedó desarmado por segunda vez, y por segunda vez herido con la tremebunda frase: «¡eres un canalla!» Desde este momento estaba casi, casi fuera de combate, y pruebas dió de ello recogiendo el arma sin previa invitación del enemigo. Los jueces protestaron, pero Julio les significó que Pepe no había hecho más que adelantarse á sus propósitos; observando no obstante que tenía la mano teñida, quisieron oponerse á la repetición del juego; — «no es nada, un simple rasguño, — dijo Astur. — «Observen ustedes — añadió Julio, — que el duelo es á muerte». — Y se acometieron en seguida, el uno ciego, furioso; el otro cada vez más seguro, cada vez más implacable. Julio cambió además de táctica; mientras se defendía de los tajos de Pepe, le alocaba con la lengua; era incisivo, agudo, frío; y tanto le llegó á desesperar á Astur la burla y el sarcasmo de aquel hombre, que se cruzó — no pudiendo resistir, — de brazos, y exclamó con acento suplicante y melancólico: — «¡mátame!» — Julio sonrió con una risa diabólica. — «¿Quieres que tenga compasión de tí? Recuerda el martirio de Sara... ella era una pobre mujer indefensa, y yo te he perdonado dos veces la vida y te doy armas con que defenderla; ¿no soy más generoso que tú? Defiéndete. — No quiero que te goces mucho en mi agonía, y puesto que he de morir, no será sin que sepas que no sólo deshonoré á tu



— ¿ Y dicen los filósofos que la blancura es símbolo de la pureza ?



El columpio es como la vida. Va y viene.

hermana, sinó que preparé su deshonra, propinando un veneno á su madre; murió lentamente ahogada, enervada, consumida.» — El efecto de estas palabras fué horrible; los jueces no quedaron menos conmovidos que Julio, quién fuera de sí, arremetió con ímpetu furioso á aquel miserable. Astur se puso rápidamente á la defensiva, creyendo sin duda, sacar partido del loco enfurecimiento de su contendiente; la lucha fué rápida, tremenda, desesperada de una parte y de otra; pero al fin, Pepe Astur cayó atravesado, de una estocada, al mismo tiempo que su acero resbalaba por el brazo de Julio, produciéndole una herida poco profunda.

Y entonces ocurrió una cosa extraña, jamás vista en estos casos. Viéndole caer Julio, prorrumpió en estridente carcajada y se abalanzó sobre su víctima, movimiento inaudito que tuvieron que contener tres hombres, y aun así exasperando sus músculos por una horrible contracción nerviosa.

En seguida sobrevino la crisis; pero como Julio era grande, aun en los momentos más crudos, cuando las pasiones nos convierten en fieras, dominó dignamente su emoción. Se tradujo el cambio, nó en la actitud, que fué seria y noble, sinó en las palabras.

Dijo á los médicos:— una fortuna, toda la mía si le salvan.

Y aquellos moviendo tristemente la cabeza, contestaron como si dictaran una sentencia lúgubre:

— ¡Morirá!

CALIXTO CORACHAN

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS

La reflexión es la vida del alma, como el movimiento es la vida del cuerpo.

El libro alimenta y desarrolla el intelecto, como el pan alimenta y desarrolla el cuerpo.

La claridad en la expresión es la mejor cualidad de un orador.

El pensamiento es la primera facultad del hombre, y la manera de expresarlo es la primera cualidad del arte.

Así como las doncellas holgazanas no piensan más que en frívolos devaneos, así las que se ocupan en alguna labor no se preocupan más que en perfeccionar y concluir su obra.

Las facultades de pensar son la substancialidad del alma.

El que hace algo útil, siempre hace bien; el que no hace nada, está próximo á hacer daño.

Mucho vale decir bien, pero vale mucho más hacerlo.

Las facultades de pensar dimanan de Dios y son adherentes á la materia: luego aquél y ésta son una abstracción para el hombre.

El primer paso hacia el bien es no hacer nunca daño.

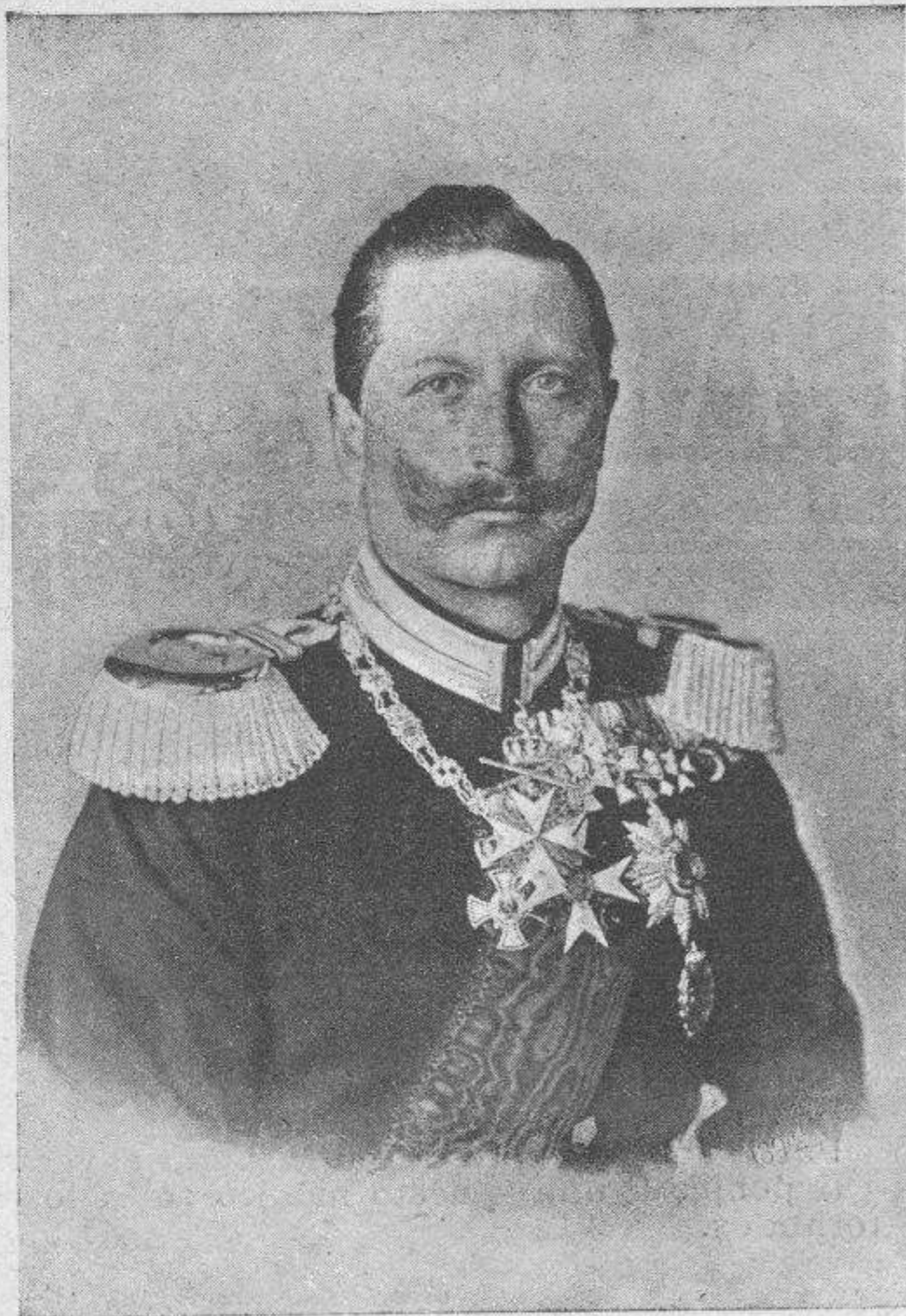
El que se instruye adquiere un tesoro inapreciable.

La verdad no vale nada cuando daña á un ausente.

Un gramo de vanidad echa á perder un kilo de mérito.

EMI.

Notas de un curioso



Guillermo II, emperador de Alemania.

El viaje de los emperadores de Alemania á Palestina ha tenido resonancia en toda Europa. La política ha aguzado su instinto sutil y las gentes se han puesto á meditar, metiéndose en peligrosas honduras, acerca del alcance que este acto de Guillermo II podría ofrecer en la ordenada marcha de las naciones, cuyo equilibrio se logra á menudo haciendo graciosísimas piruetas.

Compréndese el interés de los diplomáticos, porque ejerciendo Francia protectorado sobre el Santo Sepulcro, podría muy bien suscitarse la eterna disputa que divide á franceses y prusianos. Guillermo se supone con derecho á la consabida protección, alegando que es jefe de católicos y protestantes y que éstos no dejan de pertenecer al cristianismo.

¿Quedará el asunto en una simple tentativa platónica?

¿Será uno de tantos cabos como complican la maraña europea, en que cada día el enredo es mayor?

No fuera extraño que en el fondo se presentase un problema todavía oculto, y en que los términos de la enemiga entre los pueblos de las dos riberas del Rhin, no resultaran, sinó aparentemente, los verdaderos términos de la ecuación. ¿Se trata acaso de uno de esos actos políticos estudiados sagaz y sabiamente por el Papa, quien como nuestros lectores saben posee un talento diplomático de primer orden? Si es verdad que se

otorgó el protectorado á Francia por ser uno de los estados cristianísimos por excelencia, los vientos de la revolución han cambiado mucho las cosas, y la influencia del imperio protestante podría prestar grandes servicios aun dentro de la misma Italia. Además el atraerse á un emperador sería siempre de efecto prodigioso. Los adelantos han anulado casi por entero el espíritu de la intransigencia, y así se ha podido ver á un musulmán como Abd-ul-Hamid obsequiando y festejando en sus territorios á los príncipes cristianos. El sultán de Turquía, hijo de Abd-ul-Medjid (á quien los franceses intentaron proteger contra los rusos, y que inútilmente trató de reformar su imperio) nació el 21 de diciembre de 1842, y gobierna á los creyentes desde 1876. Ha jugado importante papel en la guerra contra los griegos.

En cuanto á Guillermo II, rey de Prusia y emperador de Alemania fué coronado en 1888 y sucedió á su padre Federico III, cuyo efímero reinado de tres meses, no pudo reportar á Europa los beneficios que de aquel príncipe se esperaban.



Abd-ul-Hamid, sultán de Turquía.



AVISO IMPORTANTE

Fíjense ustedes en el grabado de la última plana, anuncio de nuestro número extraordinario... y no hay más que hablar por hoy.



EN UN ABANICO

Abanico querido
que vas con ella,
atiende á lo que pido
en mi querella,
si al fin lo hicieras
¡tan feliz yo sería!
¡Si tú supieras!

Yo quiero (sinó pierdes
su simpatía)
que mi amor la recuerdes
de noche y día,
y que entre tanto
la digas... de mi parte
que la amo tanto...

ANGEL DE LA GUARDIA.



Todavía hay quien disputa si la primer mujer fué víctima de la serpiente. Después de tantos siglos fuera justo discutir si el hombre ha reemplazado al símbolo de la tentación.



Entre un estudiante de último año que no asiste á su clase y su padre revestido de gravedad:
El *padre*.—...¿Soy ó no soy el autor de tus días?
El *estudiante*.—No tengo más testimonio que tu palabra, pero una afirmación no es prueba concluyente.



Felix Montenón entra en la terrible crisis.
El médico animándole:
—Valor, amigo mío.
El cura:
El tránsito es doloroso, pero piense V. en las dulzuras de la paz eterna.
El enfermo:
—¿No pueden esperar á mañana?
El médico:
—Imposible. La naturaleza ha agotado todo su poder.
—¡Cuerno! Es que cuando sufro una jaqueca como la presente no estoy para ocuparme en ninguna clase de negocios.



Una zafia fregona cordobesa
engatusó á un marqués y hoy es marquesa,
y otro marqués, jugando sin sentido,
perdió su capital y es un perdido.
Bien dice doña Bruna
—cuando dice que es loca la fortuna.



Ya puedo ser ministro de Hacienda.
He tenido una idea luminosa.
Puede salvarse el tesoro, sin esperar el verano.
Imponiendo un impuesto módico sobre los es-
tornudos.



CHARADAS

I

Dos *primera* es animal
y una *dos* tiempo verbal.

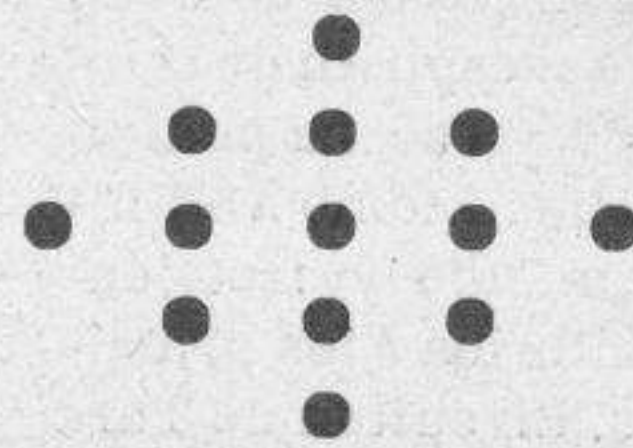
II

Con tres letras nada más
prima segunda tercera,
el *todo* tú formarás
que es base de una carrera.

J. VIDAL FERNÁNDEZ.



Rombo



Substituir los puntos por letras, de manera que leídas vertical ú horizontalmente, den por resultado: 1.^a, Consonante; 2.^a, Artículo; 3.^a, Nombre de mujer; 4.^a, Preposición; 5.^a, Vocal.

PEPITO LOCURA.



Cuadrado



Substituir las estrellas por letras; de forma que vertical y horizontalmente, se lea: 1.^a, Diosa; segunda, Madera; 3.^a, Camino; 4.^a, Ser pequeño; y 5.^a, Uno de los siete sabios de Grecia.

JOSÉ GARDIELLO.

Jeroglífico Comprimido

VACA PO

A. SÁNCHEZ CARRERE.



Pajarita numérica.

4 9 5 4 2 9	Verbo.
4 2 1 5 9	»
2 4 5 9	»
7 2 9	»
2 1 5 9	»
4 8 3 4 2 9	»
8 3 4 8 3 7 8 9	»
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Ciudad española.
4 8 3 4 8 9 1 8	Verbo,
4 5 6 4 8 5 9	»

P. LUQUIN.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADAS. — Estaca. — Páncreas.

PROBLEMA ARITMÉTICO: $\left. \begin{matrix} 438 \\ 951 \\ 276 \end{matrix} \right\} = 15.$

COPA DE ESTRELLAS:

LEON }
ASIA }
DIOS } = Ausencias causan olvido.
UN }
C }
SU }
VACA }

TARJETA. — Los dineros del sacristán.

Correspondencia

Calamba. — ¡Calamba, Calamba!

S. V. T. — Bueno, mande usted la firma.

Agente. — Agente es también el microbio, y los sabios se ocupan con mucha seriedad en destruirlo.

O. T. — Es usted todo un poeta cuando dice:

« Ella al fin, me dijo sí,
y cuando me dijo sí,
ya cansado yo,
pensaba decirle nó,
pero no se lo dije,
porque quién resiste á un serafín? »

Claro, es lo que yo pensé cuando aceptamos la guerra, mirando la cara afeitada de Mac-Kinley ¿quién resiste á un serafín?

Topete. — Escriba usted en el cementerio. ¡Por Dios, no resucite memorias que son siempre amargas!

L. M. R. — Si supiera usted como siento no complacerle. Tenga usted en cuenta, que en las quintillas son horribles las asonancias; que hay versos que no puede medirlos por los dedos, pues entonces, obteniendo las sílabas en gracia á las sinalefas resultan duros, y que lo mejor para estos casos, es afinar el oído. ¿Por qué no lo ejercita usted un poco, al piano ó al violín? Huya usted desde luego del violón, que ejerce una influencia perniciosa.

Lúcas... Gómez ¿no le parece?

S. C. D. — «La luna alumbró
el horizonte,
y el hemisferio rasgó
tras el monte...»

Eso es modernista; mándelo usted á un director de oficio, perenne, á quien usted y yo conocemos, que no distingue tres sobre un burro. Lo que le recomiendo, es que envíe una firma que suene... conocida.

A. Che. — ¿Hache, sin h? ¡Está V. fuerte en geografía postal.

A. B. C. — Utilizaré parte.

T. Tanás. — Irá... y ya sabe que se le quiere..

G. D. S. — Castellón — Sus pasatiempos son poca cosa, y la poesía... ya la sabía mi tatarabuela.

I. T. — Se publicarán.

F. D. V. — Cádiz—No, señor; ninguno es *puviclabe*..

P. G. — Bonita letra. «A España» me gusta más que el «Consejo», pero haré publicar el último que es más fresco y no se mete en honduras. Ya sabe V. que á la ocasión la pintan calva y donde menos se piensa... Pruebe, si gusta, algo más.

A. O. — Mire V., no le parece más práctico dirigirse á su dama y decirle sin ripios ni ideas rimbombantes: la amo, ¿me corresponde V., señora? Porque francamente, además de ser muy malo el soneto, puede ocurrir que no llegue á noticia de la interesada, y en cambio damos la lata al lector.

E. M. P. — No puede ser. — D. Quina. — ¿Es fórmula ó alegoría. — A. R. — No sirve. — L. V. N. — G. A. T. — Solomillo. — R. R. F. — Rol. — T. G. Q. — Imposible complacerles.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

SANTAL MIDY

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



SHUTER

PRECIO 2 REALES

LA GACETA



20 cénts.

Núm. 418

